

TOLEDO

Vicente Adelantado Soriano

A Julia, estrella vespertina, dulce guía de ciudades y caminos.

Las varias y diversas veces que hemos estado en Toledo, hemos experimentado el mismo llamativo fenómeno: cuando se abandona el centro, la ruta turística, es complicado, raro y difícil, tropezarse con alguna persona o cámara fotográfica. Toledo es una maraña de calles por las cuales resulta fácil, y recomendable, perderse. Fue así como hace muchos años, sin hacer caso de guías, caminando al azar, descubrimos el monasterio de santo Domingo el Antiguo. Está habitado por monjas cistercienses, y fue allí donde enterraron a El Greco. En su iglesia se conservan cuadros, originales, de El Greco. Y entre sus documentos figura el testamento de Pedro I de Castilla. Las varias y repetidas veces que hemos visitado santo Domingo el Antiguo, siempre hemos estado solos: el cenobio cisterciense está alejado de la ruta turística. Los turistas, sin embargo, se agolpan en la calle, bajo un sol de justicia, para ver *El entierro del conde Orgaz*. Aquí, en la casa de las monjas, no hay que hacer colas; y sin los molestos empujones ni las, muchas veces, absurdas explicaciones de guías y entendidos, se pueden disfrutar de varios cuadros de El Greco. Y de viejos documentos de la Edad Media.

Callejeando por los alrededores de santo Domingo no resulta nada difícil rememorar, enseguida, la figura de Gustavo Adolfo Bécquer: a pocos metros del solitario convento, una placita imita su imagen en una placa no muy agraciada. Son calles extraídas de las *Leyendas*, o al revés... Al evocar a Bécquer, en una ciudad turística como Toledo, es imposible no recordar lo que dijo en los *Enterramientos de Garcilaso de la Vega y su padre en Toledo*. Allí llama a los guías, cicerone, en su época, “*especie de moscardón de las ruinas*.” Sí, a veces las explicaciones, el run-run, es tan molesto y tan genuino que dan ganas de hacer una tesis doctoral, o un serio estudio sesudo, sobre el revoloteo de estos guías. Y enseguida surge el recuerdo: la insistencia de los bellos moscardones del Monasterio de las Huelgas, perfectamente uniformadas, en hacer derivar Huelgas de *holgare*, descansar, disfrutar... Harto sospechoso resulta que sólo haya un monasterio para holgar en todo este venturoso país lleno de reinos y de monarquías. Don Rafael Lapesa, en su monumental *Historia de la lengua española*, dice que Huelgas proviene de las lenguas ibéricas, de *olc*, que significa huerta cercada. Y ya se sabe que toda o trabada, *fons, pons*,... diptonga. Por tanto, de *olc*, deriva huelga: huerta cercada. Hemos estropeado el regio holgar de los viejos monarcas. ¿Estarán enfadados?

Imaginamos a Bécquer atusándose los bigotes y sonriendo. Y nos cuenta entonces que durante una visita a la Alhambra de Granada, tuvo un ataque de risa y de ternura: la Alhambra estuvo abandonada durante mucho tiempo. Hay estancias y pasadizos un tanto extraños, fruto quizás de antiguas remodelaciones. Dos estancias están comunicadas por un pasadizo harto estrecho. Unas señoras mayores inquirieron al moscardón de turno el porqué de aquella angostura. El cicerone, de uniforme azul con bocamangas doradas, era andaluz. Y respondió con tono zumbón que los moros, léase sin las eses finales, hacían pasar a la sultana por allí, con la espalda apoyada en una pared, y si la barriga le tocaba la otra pared, sabían que estaba preñada... Las mujeres se pasmaron de la sabiduría de los moros.

En una callejuela, a velocidades vertiginosas, vuelan un grupo de golondrinas piando sin cesar. Las *Rimas* las llamó Bécquer en un principio el *Libro de los gorriones*. Bécquer vivió en Toledo. Le gustaba perderse por sus calles. Una vez entró en un convento, vio a una monja fugazmente y se enamoró de ella. ¿Quedan monjas jóvenes hoy en día? Las que nos reciben, año tras año, en santo Domingo el Antiguo siempre son mayores. Y siempre nos venden alguna caja de pastitas.

En la esquina de la plaza donde se levanta la estatua de Garcilaso de la Vega, a pocos pasos del Museo de los Concilios, también hay un pequeño cuadro de cerámica. En un dibujo ingenuo se rememora la leyenda del francés enamorado de la estatua yacente. Un brazo lo golpea por intentar besar aquellos marmóreos labios... Pobre francés. Tenía que haber ido a la calle de los Alfileritos. En una hornacina hay una pequeña Virgen. Había una señora mayor rezando. Al asegurarle que éramos españoles, nos contó la leyenda. Una de

las tantas. Las chicas que buscan novios todavía siguen ofreciendo alfileres a la Virgen; pero, se quejaba la señora mayor de que hoy en día la gente echa de todo allí; en la hornacina, a los pies de la imagen, hay alfileres, sí, pero también cigarrillos, ganchos del pelo... Todo cambia.

También nos informa Bécquer de que se llevaron los restos de Garcilaso, enterrado junto a su padre en el convento de san Pedro el Mártir de Toledo, a Madrid. Luego, según nos dijeron en una oficina de Turismo, parece ser que los trasladaron a Córdoba. Lejos, muy lejos de la soledad amena, y del dulce lamentar de sus dos pastores. ¿Por qué esta manía de remover huesos y no dejar a los muertos descansar en paz?

Desembocamos en una explanada llena de sol. Vemos los altos muros de una iglesia, y los grilletes que los moros pusieron a los cristianos rescatados por los Reyes Católicos. Pocas personas asocian san Juan de los Reyes con Bécquer. Bécquer concibió un proyecto monumental titulado *Historia de los templos de España*. No consiguió el suficiente dinero como para llevarlo a cabo. El único volumen que escribió se centra en san Juan de los Reyes. Antes de hablar de él hace una declaración de principios:

“La tradición religiosa es el eje del diamante sobre el que gira nuestro pasado.

Estudiar el templo, manifestación visible de la primera, para hacer en un sólo libro la síntesis del segundo: he aquí nuestro propósito.”

¿Cuál es nuestro propósito? Visitar ciudades, conocer cosas, gozar de ellas y de los paisajes; y perdernos para encontrarnos por cualquier rincón, cueva o recoveco. San Juan de los Reyes es una maravilla, es parte de nuestra historia con sus grandezas y sus miserias... Ya se lamentaba Bécquer, a finales del siglo XIX, del abandono y de la incuria en que se hallaban muchos de nuestros monumentos. Hoy todavía podemos disfrutar de ellos.

CODA

Otro ilustre personaje enamorado de Toledo fue don Benito Pérez Galdós. A don Benito, entre otras cosas, le encantaban los toques de las campanas de la catedral de Toledo. Don Benito tenía un sobrino llamado Pepe, a quien él rebautizó como don Pepino porque era perito agrónomo. Don Benito, como Gustavo Adolfo Bécquer, tenía un gran oído musical, y una enorme facilidad para reproducir cualquier tipo de música. Don Pepino dormía en una habitación vecina a la de su tío. Y su tío tenía un orinal que sonaba tan bien que lo excusó del humilde servicio para el que lo habían creado. Por las mañanas don Benito, con un bastón, golpeaba el orinal imitando las campanas de Toledo. Con ello despertaba a don Pepino que, imaginamos, se debía levantar muy alegre y contento. El sonido de una campana bien acabada tiene algo de mágico. Como el de la campanilla del claustro, al anochecer, algo de misterioso, que se escapa y nunca se sabe lo que es.